

LA OPOSICION: ENTRE LA REALIDAD Y EL 'AUTO-GHETTO'

Uno de los rasgos más salientes de la oposición política al actual Gobierno, es la asfixia espiritual que sus voceros expresan permanentemente frente a la realidad chilena de hoy. Su actitud trasunta siempre un amargo sentimiento de nostalgia frente a la "democracia hoy perdida", y de frustración ante las dificultades y demoras para "recuperarla". No hay duda alguna de que por ello se consideran profundamente oprimidos.

Entretanto, ¿es esta sensación compartida por las grandes mayorías nacionales?

La respuesta la dan los mismos grupos opositores, cuando al constatar la falta de acogida que sus lamentos encuentran en la ciudadanía, acusan a nuestro pueblo —en forma ya casi sistemática— de "haber perdido o tener dormida su conciencia moral". El cargo fundamental va dirigido al Gobierno que provocaría la actual "opresión", pero se extiende expresamente al grueso de los chilenos, cuya conciencia estaría aceptando pasivamente dicha realidad. Contradictoria situación. Los autoproclamados portaestandartes de la confianza en la voluntad del pueblo, se enfurecen porque éste no los acompaña en sus minoritarias apreciaciones, y le formula por ello un grave cargo moral



Detrás de dicha paradoja, ¿cuál es la verdadera realidad al respecto?

Nadie ignora que la existencia de un Gobierno militar, requerido por una grave crisis nacional y que ha debido por tanto ejercer sus funciones dentro de un régimen jurídico de emergencia, implica algún grado importante de restricción a la libertad política. No aludimos ciertamente aquí a las limitaciones que toda sociedad libre debe establecer frente a quienes pretendan valerse de dicha libertad para abolirla, o bien para derivarla hacia el libertinaje. Nos referimos al constreñimiento adicional de los derechos políticos que caracteriza a todo Gobierno autoritario que corresponda técnicamente a lo que la doctrina denomina como "régimen de facto" o "de hecho".

Sin embargo, la distinción que destacados analistas políticos mundiales formulan entre los regímenes autoritarios y los totalitarios, arranca precisamente de que mientras los primeros sólo restringen fuertemente la libertad política, y lo hacen además con un carácter reconocidamente transitorio en el tiempo, los segundos establecen en cambio un régimen que conculca toda forma de libertad, y con un carácter que aspira a ser definitivo.

En los totalitarismos no cabe hablar de restricciones a la libertad política, ya que ésta simplemente no existe. Todo "disidente" de la ideología oficial y única es encarcelado o privado de sus derechos humanos más fundamentales, por el solo hecho de discrepar. Pero más allá de eso, los regímenes totalitarios controlan integralmente la vida de las personas, sin que ninguna de sus dimensiones escape a la rígida férula policial del Estado. La vida familiar más íntima, la educación de los hijos, el ejercicio del culto religioso, el abastecimiento de los bienes más esenciales, el trabajo, el lugar de re-

sidencia, las manifestaciones del arte y la cultura, las actividades económicas y comerciales, el desenvolvimiento de la ciencia y de la técnica, y en fin, toda expresión de la existencia humana, cae bajo la férrea regimentación y el absorbente control por parte del Estado y de su ideología. Así ocurrió en el fascismo italiano o en el nacional-socialismo alemán. Así sucede hoy en todos los países dominados por el marxismo-leninismo.

Mientras bajo un Gobierno autoritario toda persona puede desarrollar plena y libremente su vocación, salvo que ésta sea el ejercicio de la política, en los regímenes totalitarios la interferencia avasalladora y omnipotente del Estado lo hace imposible respecto de todas las actividades del ser humano. Ahora bien, si además las restricciones políticas propias del autoritarismo, se advierten como el medio eficaz y necesario para prevenir una amenaza totalitaria, para asegurar el inmediato ejercicio de las libertades de contenido espiritual económico y social más fundamentales, y para cimentar las bases de un futuro ejercicio pleno —pero a la vez sólido y estable— de la libertad política, resulta lógico que el cuadro general que conlleva transitorias restricciones especiales a ésta, se juzgue como una auténtica liberación.

Eso es precisamente lo que ocurre hoy en nuestra Patria, y así lo siente el chileno medio. Su vida se desenvuelve normalmente sin que las limitaciones actuales a su libertad política le sean de ordinario incluso perceptibles. El estado jurídico de emergencia sencillamente no se cruza en su camino. A ello se agrega su evidencia de que todo esto es el antídoto necesario para garantizar el no retorno a la única dictadura real o inminente que efectivamente ha conocido, y que se expresaba en las JAP que monopolizaban la

distribución de alimentos en los estratos populares; en los abusos del mercado negro que lo hacía en el resto de los sectores; en la acción concientizadora que estaba a punto de culminar con la implantación de la ENU; en los poderes absolutos que la CORA tenía sobre el destino de todas las familias del agro, fuesen ellas de propietarios, de asentados, o de asalariados; en el control estatal del crédito y de la subsistencia o ruina de cualquier empresa o actividad económica; en el empleo de la máquina tributaria del Estado con fines persecutorios, y para no alargar una enumeración que podría ser indefinida, en la violencia con que grupos amparados por la autoridad se habían enseñoreado de la Nación, terminando con la seguridad personal más elemental y básica de cada ciudadano y de su familia.

¿Cómo y por qué podría ese chileno medio sentirse hoy oprimido, y anhelar el retorno a una realidad como la descrita, que en importante medida encuentra sus orígenes antes del advenimiento marxista al Gobierno en 1970?

Con todo, justo es reconocer que hay personas que sinceramente no desean regresar a ese pasado, advirtiendo la necesidad de introducir pro-

fundos correctivos a ese oscuro cuadro social que nos condujo al caos, pero que por discrepar del actual Gobierno y tener una legítima vocación política, se sienten comprensiblemente limitados ante la imposibilidad de ejercer plenamente dicha vocación.

De éstos sólo cabe reclamar la generosidad patriótica que debiera llevarlos a comprender que a veces las circunstancias históricas exigen posponer lícitos anhelos personales, ante requerimientos objetivos de bien común que la realidad impone. Así han honrado múltiples testimonios de desprendimiento personal, las mejores páginas de nuestra historia.

La alternativa opuesta, que es la de autosituarse en un "ghetto" espiritual, desde el cual se protesta por una supuesta opresión que el pueblo chileno no entiende ni comparte, no tiene en cambio más destino que frustrar a los afectados, dificultar la reconciliación de los espíritus, y mostrar a una clase política sobrepasada y egoísta, incapaz de asumir las perspectivas creadoras del presente y del futuro, debido a una infecunda y mezquina nostalgia de su posición dominante en tiempos ya definitivamente superados.

R